

# La educación en pandemia: entre el libreto y la improvisación

**Verónica Weber**  
FLACSO Argentina



Presencialidad - virtualidad - tiempo - espacio

Palabras  
Clave

Durante todos estos meses de pandemia tuve la sensación de estar viviendo en una película de ciencia ficción. Cada vez que me pongo el barbijo, que salgo a la calle a comprar algo, en cada conversación con colegas y con mis estudiantes, la sensación vuelve a aparecer. Por eso, me pareció que tal vez podríamos usar esa metáfora para pensar el sentido de lo que estamos haciendo, el sentido de lo que estamos buscando, de lo que tenemos, de lo que se nos está yendo y, también, el sentido de lo que está por venir. Podríamos pensar en una película de ciencia ficción que tiene tres tiempos y cuatro categorías (o capítulos).

De manera un poco simplificada podemos decir que, hasta el año 2019, tuvimos una historia más bien estable, con elementos que se repetían; y que en 2020 se produjo un hito que cambió las reglas del juego. El ciclo lectivo 2020 fue muy distinto a lo que conocíamos. De repente, la pandemia puso en pausa la presencialidad y debimos cambiar las maneras de dar clase. Las situaciones fueron muy dispares. Quienes nos especializamos y/o teníamos experiencia en educación a distancia acompañamos a los/as docentes que no conocían tanto la modalidad; algunas instituciones evitaron tomar decisiones con la esperanza de que todo volviera pronto a la antigua normalidad; y otras, con la firme convicción de seguir enseñando, fueron generando distintas estrategias para garantizar el derecho a la educación. En definitiva, la continuidad pedagógica y el sistema educativo entraron en jaque en un año absolutamente desestabilizante en todas las áreas de la vida social y que también nos afectó a nivel personal, emocional y familiar.

Así, retomando la metáfora de la película de ciencia ficción, podemos pensar que el primer momento llega con cierta estabilidad hasta el año 2019; el segundo momento es todo el ciclo lectivo 2020, al que podemos caracterizar como un hito, o momento de quie-

bre; y, finalmente, un tercer momento a futuro: eso que vendrá y que no sabemos cómo va a ser. Al mismo tiempo, podemos pensar esos tres momentos atravesados por cuatro categorías que podrían ser capítulos de una película y cuyos títulos serían: “alteraciones del tiempo y el espacio”; “escenarios desconfigurados”; “incertidumbre” y, por último, “actores: entre el libreto y la improvisación”. Por cuestiones de tiempo, nos concentraremos en dos de estos capítulos y sólo esbozaremos los restantes.

El primer capítulo refiere a las alteraciones del tiempo y el espacio de la clase. Está claro que la pandemia modificó estas dos categorías. Y, en esta película, los actores y actrices (que somos nosotros/as) van moviéndose entre el libreto y la improvisación. Antes de la pandemia, quienes nos especializamos en educación a distancia y tecnologías educativas nos enfrentábamos a la constante necesidad de explicar que las tecnologías no son malas en sí mismas, que hay tecnologías que no son digitales, que la educación a distancia es previa al surgimiento de las tecnologías digitales. En definitiva, debíamos insistir una y otra vez para instalar el valor de la modalidad a distancia y de la mediación tecnológica. Hoy, ese debate está totalmente fuera de lugar. El escenario cambió de la noche a la mañana y, en lugar de la duda y el escepticismo, aparece la convicción de que es importante aprovechar todas las tecnologías disponibles. Por supuesto, esa convicción sigue estando rodeada de los temores, las inquietudes, los interrogantes, las tensiones y los dilemas que presenta, sobre todo, el (no) acceso a esas tecnologías. Pero lo cierto es que todo el sistema educativo, con el compromiso variable de cada docente, de cada institución y de cada jurisdicción, echó mano a todos los recursos que encontró para seguir enseñando. Con mayores o menores aciertos, con avances y retrocesos, las instituciones y sus docentes pusieron todo lo posible para garantizar el derecho a la educación y proyectarlo hacia la nueva normalidad. De alguna manera, entre todos/as debimos reconstruir el escenario.

Es en este sentido que me interesa pensar la alteración del tiempo y el espacio. Durante el ciclo lectivo 2020, los/as docentes debimos pensar nuestra labor en un tiempo y un espacio diferente en función de lo que la mediación tecnológica permitía. Habitualmente, lo que configura las clases es un tiempo y un espacio en común: docentes y estudiantes vamos a la escuela o la universidad y nos encontramos en un horario y un edificio compartido, y eso es lo que nos permite coincidir. Cuando ese espacio común quedó clausurado, debimos trasladarnos al espacio virtual. Y, en ese traspaso, aparecieron algunas complejidades.

En primer lugar, tomó aún más fuerza la preocupación por las desigualdades en el acceso: ¿quién puede acceder?, ¿quién no puede hacerlo?, ¿qué hacemos frente a esa desigualdad? Se hizo más evidente que nunca la necesidad de repensar las políticas públicas y el rol de las instituciones educativas (y del Estado) en la tarea de facilitar todos los recursos disponibles a todos/as los/as estudiantes. Pero, mientras tanto, cada docente se enfrentó al dilema de cómo dar clases y hasta dónde seguir enseñando cuando un porcentaje de sus estudiantes quedaba afuera. Por eso, nuestro compromiso evidente debe ser que el acceso a la tecnología sea un derecho garantizado para todos/as los/as estudiantes. En la Encuesta a Hogares realizada por el Ministerio de Educación de la Nación

durante la pandemia<sup>1</sup>, se muestra que el teléfono celular es un dispositivo al que tienen acceso la gran mayoría de los/as estudiantes. Sin embargo, la desigualdad persiste. Entre otras cuestiones porque no es lo mismo un celular que una computadora para estudiar. Tampoco es lo mismo un celular de uso individual que uno de uso compartido con el grupo familiar y al que sólo se puede acceder en ciertos horarios. Como tampoco es igual tener conexión Wi-Fi que acceso por datos móviles.

El segundo capítulo, muy vinculado al anterior, hace referencia a los cambios en el escenario. Por eso lo llamamos “escenario desconfigurado”. Se trata de un tema muy complejo y que aquí, por cuestión de tiempo, lo enfocamos en la pregunta acerca de cómo trasladar nuestras clases a la virtualidad, cómo desempeñar allí nuestra labor docente. En muchos casos, lo que sucedió fue que se intentó hacer en la virtualidad lo mismo que se hacía en la presencialidad. Pero, ¿es lo mismo?, ¿cómo se configura ese tiempo compartido en la virtualidad?, ¿es el mismo tiempo que en la presencialidad?, ¿en qué sentido es distinto?, ¿qué pasa en el campus virtual?, ¿cómo se configuran allí las relaciones? Está claro que las clases presenciales y las virtuales no pueden ser iguales.

Pensemos, por ejemplo, las clases sincrónicas en la universidad. Conozco casos de clases expositivas, sincrónicas, de cuatro horas, que “se dan igual” que en la presencialidad, como si no existiera una interface digital entre docente y estudiante. En este caso, la inquietud ya no es sólo por el escenario virtual que contiene esas cuatro horas, sino también por lo que se hacía en el escenario presencial. La pregunta, entonces, no es si optamos o no por lo sincrónico sino qué hacemos en ese encuentro sincrónico, qué pasa en la amplificación tecnológica, qué sucede en la construcción de la presencialidad mediada (que no es solamente un tiempo y un espacio común). Hay muchas maneras de componer el tiempo. Una clase grabada de dos horas no necesariamente es una clase de dos horas, porque alguien puede, por ejemplo, adelantar o retroceder la grabación, o recortar un fragmento y enviárselo por WhatsApp a un/a compañero/a. Con esto pretendo señalar que hay muchas maneras de componer el tiempo y la clase. No siempre una clase tiene dos horas, ni siempre se da en un espacio físico. Tenemos que animarnos a jugar con esas alteraciones.

El tercer capítulo de nuestra película de ficción es la incertidumbre, que se instaló con una fuerza arrolladora. Es una sensación que va a seguir acompañándonos en el futuro y que, desde mi punto de vista, va a caracterizar al ciclo lectivo 2021. Por eso considero que es importante que podamos incorporar esa incertidumbre como parte de la propia enseñanza. Se nos hace imprescindible aprender a ir y venir entre el libreto y la improvisación (otro capítulo de nuestra película). No podemos asumir una posición rígida, no podemos tener un plan cerrado, porque va a ser imposible sostenerlo. Tenemos que animarnos a improvisar también en la enseñanza. La enseñanza es improvisación, como la vida misma también lo es.

La propuesta, en definitiva, es hacer una revisión crítica de lo que fue, hasta aquí, la tarea docente. Valorar ese trabajo en toda su complejidad e interpretarlo en contexto (antes

---

1 “Informe Preliminar. Encuesta a Hogares: continuidad pedagógica en el marco del aislamiento por COVID-19”, Ministerio de Educación de la Nación, julio de 2020. Disponible en: [https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informepreliminar\\_hogares.pdf](https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informepreliminar_hogares.pdf)

y durante el 2020), pero también, y sobre todo, proyectarlo hacia el futuro. Mirar lo que las políticas, las instituciones, los/as colegas y nosotros/as mismos/as hacíamos. Considerar lo que resultaba potente, pero atender a aquello que no funcionaba. Hay cosas que ya no van a volver a ser como antes. Y eso puede ser una oportunidad para crear algo nuevo. En definitiva, tenemos que pensar qué queremos recuperar de lo anterior y cómo podemos proyectarlo hacia adelante.